

Una mirada inocente — Da calor incluso donde hace frío

El asesino ya bebía su segundo vaso de coñac mientras estaba sentado en la barra, de vez en cuando observando a todos los que estaban en ese bar. Fruncía el ceño porque estaba irritado y quería intentar relajarse, olvidándose en el alcohol.

Después de todo, no hay nada bueno en este mundo... ¿verdad?

Entre todos esos desconocidos había mujeres tristes, hombres alegres que ya habían perdido el contacto con la realidad, adolescentes tontos que creían que era genial imitar a los adultos... pero lo que llamó su atención fue algo rojo, su color favorito. Y era una bufanda, solo que no la llevaba un desconocido o un vagabundo, sino una niña pequeña que claramente no debía estar en un lugar tan repugnante.

Sus ojos castaños, que parecían comunes y nada especiales, lo miraban directamente...

El asesino se quedó perplejo por un momento, no estaba acostumbrado a ver niños en un lugar como ese, y mucho menos con esa mirada. Tranquila e inocente, pero sin comprender del todo lo que pasaba a su alrededor. Una niña ingenua.

Ya estaba acostumbrado a ver miradas tristes e indiferentes en los ojos de los niños, que ya habían dejado de creer. Pero al parecer, no todos habían perdido esa chispa de inocencia en la mirada.

El asesino frunció el ceño y desvió la mirada hacia la barra, deseando aparentar que no había notado ni le importaba la existencia de la extraña niña con la bufanda roja.

Como todos. Nadie quiere meterse en problemas. Nadie está obligado a ser amable en este mundo cruel.

El asesino señaló el vaso, insinuando que quería otro trago. El joven barman asintió obedientemente, pero incluso a pesar de su juventud, en sus ojos se veía indiferencia y cansancio. Esa mirada le era demasiado familiar al asesino, más de lo que le gustaría. Quería olvidarse de la niña de la bufanda roja y de la inocencia desconocida en sus ojos.

De todas formas, esa inocencia y pureza se apagarían como una llama bajo la lluvia fría, tarde o temprano.

Quiso beber otro trago para volver a perder contacto con la realidad, pero una mano débil tiró de la suya, impidiéndole beber el coñac. El asesino podría haber apartado fácilmente al desconocido que osó molestarlo, pero ese toque le provocó un escalofrío por todo el cuerpo y lo dejó inmóvil. Una voz y unos ojos castaños e inocentes lo sacaron de su estado.

—No se va a sentir mejor, entonces, ¿por qué bebe? —dijo una voz infantil y suave, como el tañido de una campana en medio del silencio para nuestro protagonista. Su pequeña mano aún sostenía su fuerte pero congelada mano, en la que aún estaba el vaso.

El asesino se sintió confundido al mirar a la niña, sin encontrar palabras para responder. Después de un momento en silencio, desvió la mirada, sin encontrar el valor para mirarla a los ojos. Habló con una voz fría e indiferente:

—Aún no entiendes las cosas de los adultos, jovencita. Son tiempos difíciles —respondió brevemente el asesino, sin muchas ganas de hablar y dejando claro que sería mejor que ella se fuera y lo dejara en paz.

—¿Entonces por qué no intenta hacer algo para que los tiempos sean mejores? —preguntó ella, una pregunta tonta y extraña, pero que igual la tomó por sorpresa. No supo qué decir. Suspiró profundamente y apretó el vaso en su mano.

—Si tan solo supiera qué hacer... —susurró él, con un tono que por un instante sonó menos frío. Se rindió y dejó el vaso sobre la barra. La niña de la bufanda roja había ganado. Pero aun así, el asesino sintió que ella seguía sosteniéndolo. La miró, confundido.

—¿Qué más quieres? —preguntó, consciente de lo extraña que era la situación, y su mirada volvió a endurecerse, como si recordara algo.

Él no era una buena persona. Que se fuera. No necesitaba problemas.

—¿Por qué está triste? —preguntó ella con el mismo tono ingenuo de antes.

La mirada del asesino volvió a suavizarse al verla, otra vez por culpa de esos malditos ojos. Creía estar podrido por dentro, como todo este maldito mundo, pero no tenía fuerzas para apartarla ni hacerle daño a esa niña. No quería ser él quien apagara la chispa de inocencia en sus ojos.

—Tengo frío —fue lo único que dijo, sin poder pensar en nada mejor. No podía negar que era verdad...

Por mucha sangre que tuviera en las manos, siempre sentía frío.

Los ojos castaños lo miraron sin juicio ni ninguna emoción negativa al escuchar sus palabras. Su débil mano soltó por un momento la suya para tocar su bufanda roja. El asesino no tuvo tiempo de reaccionar cuando sus pequeñas manos ataron la bufanda roja en su muñeca.

—Espero que ahora ya no tenga más frío —dijo la niña, y en su rostro apareció una pequeña sonrisa, pero real y cálida, como debería tener cualquier niño, si el mundo fuera ideal y todos fueran felices.

Luego, sin esperar respuesta, se fue, dejando al asesino solo con sus pensamientos. Él miró la bufanda roja en su mano, apretándola ligeramente, tratando de no dañar la suave tela. Como si tuviera en sus manos algo muy valioso y raro.

Inconscientemente acercó la bufanda a sus labios, sintiendo la lana y su calor. El asesino no podía negar que una simple bufanda roja era más cálida que la sangre de todas las personas que había matado.

Tampoco pudo ocultar una leve y rara sonrisa en sus labios al tener un nuevo pensamiento en su mente.

Tal vez... este mundo no sea tan malo mientras haya inocencia en los ojos de una niña.